La feria de los días

I

A fines del año pasado, tuvo lugar en México una reunión de la Sociedad Internacional para la Historia de las Ideas, en la cual hubieron de ponderarse algunos aspectos, particulares o generales, de la cultura americana. Tres de las intervenciones allí registradas aparecen hoy en este número, con el amable permiso de sus autores y de la propia Sociedad. Trátase de los trabajos de los doctores Cruz Costa (brasileño), José Luis Romero (argentino) y Arthur P. Whitaker (estadounidense).

II

A dicho material se agregan las respectivas colaboraciones uruguayas de Carlos Martínez Moreno y Mario Benedetti; la versión insólita, lograda por Pablo Neruda, de dos poemas de James Joyce; una apresurada, y quizá no poco arbitraria, antología de la poesía peruana, y, en fin, una doble muestra de la opinión estadounidense más honesta en torno a los principios que inspiran y conforman la llamada "alianza para el progreso".

III

Estimo que todo ello —pese a la ausencia de un proyecto riguroso y cabal— aporta un testimonio de ciertos rumbos y frutos en el actual pensamiento americano. Si semejante espontánea colección presenta obvias lagunas, imputables al azar que la determina, en cambio nos ofrece claras voces hermanas, no por diversas menos ejemplarmente continentales.

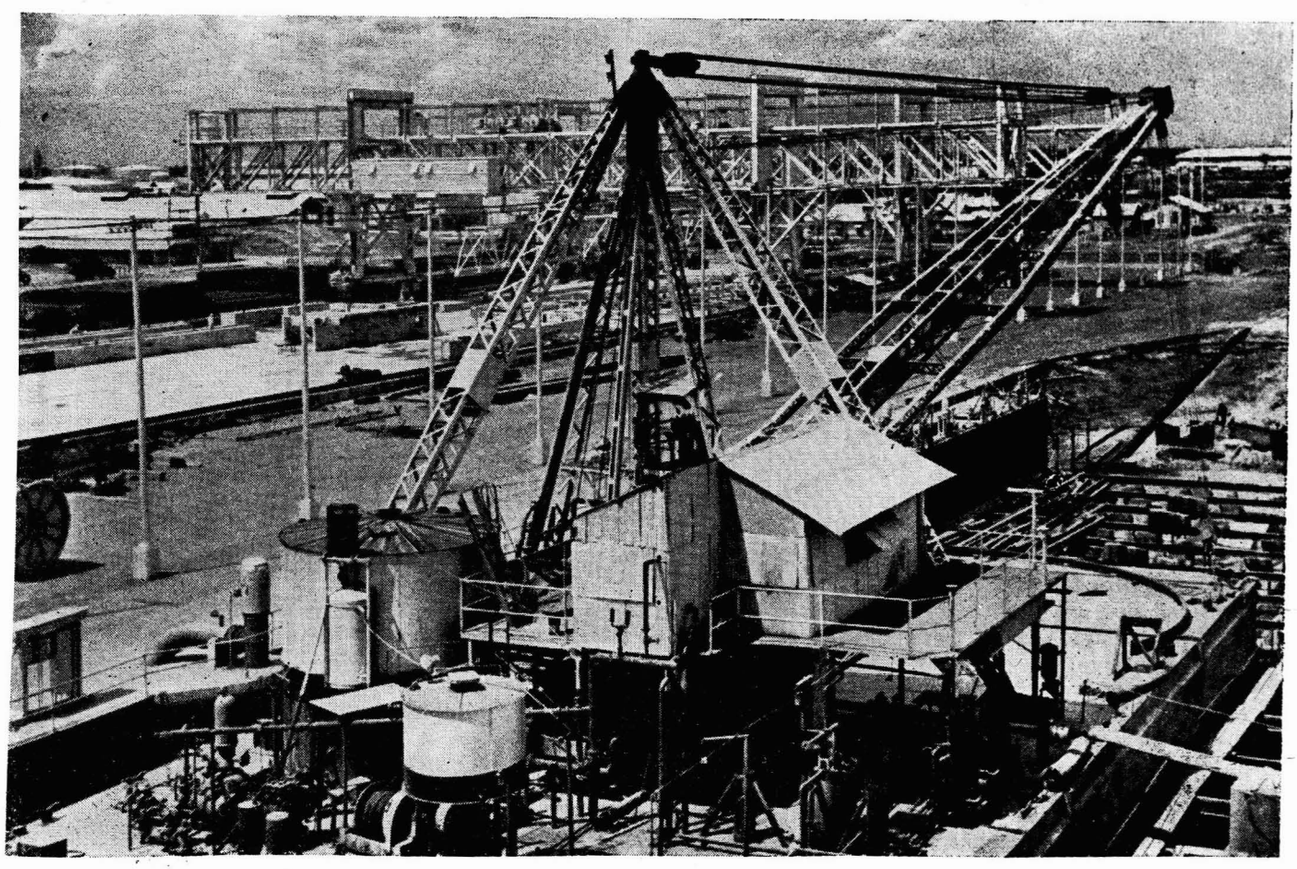
IV

Hace ya largo tiempo, Alfonso Reyes creyó ver en el Nuevo Mundo la promesa de una utopía cumplida. Temo que aquella noble esperanza diste de corresponder a la difícil realidad contemporánea. Desorientado, contradictorio, nuestro continente se debate por ahora en una perplejidad común, que acostumbra oscilar entre rotundos extremos. Sin hallarse a sí mismo todavía, va recorriendo un camino en el que la duda pasiva alterna con la desesperación.

V

Hablo, por supuesto, de la América nuestra: indoibera, dramática, solidaria en el fondo, si no siempre en las formas. A la otra América habría que enjuiciarla sobre bases diferentes. Pero también hay, más al norte, sensibilidades que se esfuerzan por comprendernos. Y no seremos nosotros quienes se cierren al posible diálogo.

VI

Al margen de los oropeles, abandonados los prejuicios, pero más claros que nunca los derechos esenciales cuya defensa nos incumbe, abordemos sin temor la apremiante tarea de averiguar y postular nuestra verdad. Obstáculos, encontraremos muchos. Razón de más para que procuremos marchar unidos, conocernos mejor, y apoyar nuestros pasos en terrenos de mayor solidez.

—J.G.T.